

El zulo

Alfredo F. Alameda

Lo peor ocurrió cuando me taparon la boca.

—¡La boca no! ¡la boca no! —grité moviendo desesperadamente la cabeza en todas direcciones.

Los brazos, amarrados al cuerpo, no podían colaborar en la lucha y finalmente fui reducido y amordazado.

Padezco una deficiente entrada de aire a través de las fosas nasales. Puede que sea una rinitis crónica provocada por la desviación del tabique. Puede que no. No importa. Lo que importaba, entonces, era que el aire que llegaría a mis pulmones iba a ser insuficiente. No sentía los golpes. También olvidé la herida del costado. La fosa derecha apenas filtraba un veinte por cien del aire que dejaría pasar cualquier otra fosa de cualquier otra nariz. Su gemela, bastante más, pero lejos de lo que debería ser habitual. Las inspiraciones comenzaron a ser alarmantemente sonoras y cuando me cubrieron la cabeza con un capuchón, la asfixia me provocó una crisis nerviosa. La realidad se me escapaba entre la desesperación y la agonía.

Entré lentamente en una negrura ingravida que derivó en una sensación de caída vertiginosa hacia un abismo en cuyo fondo adivinaba la muerte.

Cuando volví en mí creí que estaba muerto. Pero, como es sabido, los muertos no vuelven en sí. Una nada espesa y dulce me envolvía, y los ojos, ya abiertos, vieron que aquella nada era tan negra como espesa. De esta forma fui tomando conciencia, lentamente, de que estaba vivo. Los hechos recientemente acaecidos se amontonaban desordenadamente en mi memoria así que me di a pensar que me encontraba inmerso en una pesadilla, ¿qué otra cosa podía ser?, además, esta oscuridad inexplicable... este revoltijo de sensaciones... esta desorientación... Por

fuerza había de ser un sueño.

Poco a poco se fueron instalando a lo largo del cuerpo un sin fin de dolores de variada intensidad y procedencia desemejante.

Desde los brazos y las piernas me llegaban dolores inciertos e indefinibles. En el costado izquierdo ardía un desgarró húmedo y lacerante. Alargué cautelosamente la mano derecha palpando la oscuridad en un intento primario de reconocer el entorno. La mano tropezó brevemente con un tabique que había a escasos centímetros de donde me encontraba, provocándome un intenso dolor en el dedo meñique, cuyos huesos estaban fracturados. Permanecí inmóvil en aquel oscuro silencio durante un tiempo sin medida. En ese tiempo recordé la asfixia y el vertiginoso descenso en el pozo de la muerte. Intenté dar cronología a los momentos que precedieron al ataque y al ataque mismo.

Ahora respiraba tranquilamente.

Con la mano izquierda froté los ojos buscando alivio en aquel brunete descorazonador. Nada. Eso es todo lo que me rodeaba. Intuía, no obstante, que mis ojos estaban bien, la invidencia se debería, sin duda, a la absoluta ausencia de luz. Aproximé una mano a los ojos hasta que la palma rozó la nariz y ni aún así pude atisbar una sombra. Me invadió la preocupación de que aquella negación fuese ceguera. Pero, no. De entre todos los recientes sinsentidos, aquel era el sinsentido mayor. Ningún golpe recordaba haber recibido en los ojos ni en la cabeza, tan solo un pequeño corte, descubrí más tarde, sobre una de mis cejas. Por otra parte, la axfisia puede matar pero, de no hacerlo, difícilmente causaría ceguera. Debo estar en una cueva o sótano, pensé, e intenté encontrar alguna orientación a través del olfato. Flotaba en la densidad oscura de aquel aire, un olor ligero, lejano y húmedo. Una improbable mezcla rancia y suave de azufre y estiércol que trajo a mi memoria una noche de primavera en que estando de patrulla por los cuarteles de Carabanchel, durante mi primera estancia en el ejército, nos refugiamos en un viejo polvorín, sorteando los últimos rigores de aquel invierno del sesenta y ocho. Ese olor, jamás repetido, es el que ahora me parecía sentir, y prendido a él, un puñado de recuerdos entrañables e inútiles seguidos de unos momentos de reflexión sobre mi aquella juventud y el posterior

devenir.

Incorporado sobre el camastro en el que me habían depositado me preocupé en ir descubriendo la realidad de mi actual estado. Bajo la camisa pude palpar las huellas de las amarras sobre ambos brazos. El costado izquierdo estaba encharcado. Sabía que era sangre pero me cercioré llevando a la boca un dedo, previamente humedecido en la herida. Con gran cuidado me despojé de la camisa y haciendo con ella una pelota, taponé el desgarró, alternando la sujeción entre la mano y el brazo. El tiempo transcurrido y los hechos acaecidos desde mi desvanecimiento eran para mí desconocidos. Así que no sabía donde estaba ni cuándo. ¿Era hoy o mañana? ¿noche o día?. Hoy. Tiene que ser hoy. ¿Porqué?. Tengo una herida de bala y estoy sangrando, si llevase aquí uno o dos días, estaría muerto. Si llevase aquí uno o dos días sin estar muerto o gravemente enfermo, tendría hambre ¿no?. Veamos, parece evidente que no estoy muerto. Tampoco hambriento. Es decir, dispuesto a comer si estaba pero no sentía especial necesidad. Estos datos me parecieron concluyentes para determinar que no llevaba muchas horas en aquel lugar. Hagamos cuentas, Maite salió de la reunión y me dijo:

—Ve al coche y sube la carpeta de color naranja —puntualizó —sólo la de color naranja. Deja pasar quince minutos, llamas a la puerta y sin esperar, entras; te diriges directamente a Nico, le das los documentos y no te retires si no te lo ordena.

Me guiñó un ojo y desapareció tras la puerta de la Sala de Juntas. Miré el reloj mientras el ascensor me conducía al sótano donde habíamos dejado el automóvil. Las siete. Eran veintiséis pisos. Ya en el sótano me dirigí directamente al maletero del coche, para ello hube de atravesar el aparcamiento hasta el extremo opuesto. Debieron transcurrir cinco o seis minutos. Abrí el portón trasero del auto y...

—¡Quieto! no hagas un solo movimiento —noté en los riñones la presión de una pistola. Me enderecé levantando discretamente los brazos.

—Date la vuelta despacio —la voz, un poco atiplada, pretendía ser firme. Obedecí. Frente a mí se hallaba un sujeto delgado y alto blandiendo una Star

modelo 28DA de cañón corto y calibre nueve milímetros parabellum.

Era un viejo modelo inspirado en el sistema Browning. Un buen arma. Heredera directa de aquellas Star del siete sesenta y cinco que bajo la marca Izarra, el armero eibarrés Bonifacio Echevarría, fabricó para el gobierno francés en cantidades importantes durante la Gran Guerra.

El pasamontañas verde oscuro sobre su cabeza dejaba al descubierto unos ojos negros pequeños y muy separados entre sí bajo unas cejas escasamente pobladas. Se alejó un par de metros. Me observó detenidamente como asegurándose de quien era yo. Alzó la mano que no empuñaba el arma y chasqueó los dedos. En ese preciso momento se apagó la luz y el recinto quedó alumbrado, apenas, por los testigos luminosos cuya mortecina luz convertía los cuerpos en sombras.

Quiso volver a gritar “¡quieto!” pero antes de acabar recibió el impacto contundente de mi patada en el dorso de su mano. La pistola salió volando hacia la oscuridad lejana al tiempo que un sonoro resplandor se me clavó en el costado izquierdo obligándome a doblar esa rodilla. Vi como hacia mí avanzaba otro sujeto encapuchado con una linterna en la mano. Lanzó su pierna contra mi herida. Paré el golpe con el antebrazo y me lancé de cabeza a su estómago. Oí un rugido y un nuevo disparo. El hombre cayó al suelo y adivinando su posición, entre las sombras, le acomodé una patada en la cabeza que sonó como una sandía quebrada. Sentí un fuerte golpe en la espalda y antes de que pudiera quejarme, un nuevo golpe en las corvas me hizo caer violentamente al suelo. Una sombra clavó su zapato en mis riñones y no tuve aliento ni para quejarme. Fuertemente izado por los pelos, intentaron incorporarme pero mis piernas no soportaban el peso. Un puñetazo en el estómago me dejó las paredes de los alveolos pegadas durante un buen rato sin dejar entrar aire a los pulmones. Braceaba, en mi desesperación, no sé si para advertir que me moría o para agarrarme al aire que no quería abastecerme. Finalmente las paredes se separaron y los alveolos volvieron a llenarse con el oxígeno que les llegó tras una ávida bocanada.

Para cuando recobré el aliento, estaban anudando fuertemente una cuerda con innumerables vueltas sobre mi cuerpo aprisionando ambos brazos. Entre improperios y empujones me tiraron en el interior del coche. Debió ser entonces

cuando el sujeto de la linterna me golpeó en la ceja.

Un “¡vámonos!” el rugir del motor, el quejido del caucho de los neumáticos sobre el cemento y el auto abandonó el edificio hacia quien sabe dónde. Después, la ceguera y la asfixia. ¿Cuántos minutos en total? seguramente no más de dieciocho o veinte.

Las siete y veinte entonces.

No creo que haya estado mucho tiempo inconsciente así que debe ser todavía hoy. Tal vez las diez o las doce de la noche. Por eso sangro y por eso no tengo hambre.

Cabe esperar una visita en breve tiempo. Saben que estoy herido. Si me quisieran muerto, ya lo estaría. Si me precisan vivo, no me abandonarán.

Había otras muchas preguntas sobre las que reflexionar. Era evidente que se habían equivocado de persona. Con toda seguridad buscaban a Nico. ¿Qué pasaría cuando conociesen su error?.

Alumbrando aquella cerrada oscuridad con pensamientos, recuerdos y reflexiones, fue pasando lenta y silenciosamente el tiempo. La camisa se hizo una esponja. Me quité los zapatos procurando saber donde los dejaba. El piso era de tierra blanda. Puse los pantalones sobre el camastro, a mi derecha, y doblando los calzoncillos una par de veces hice una compresa con ellos que apliqué cuidadosamente al costado, tras embutirme nuevamente los pantalones y calzarme. Sobre la recién improvisada compresa volví a poner la camisa convenientemente escurrida y arrebujada.

Me recosté en el camastro sobre el costado sano y apreté con la mano el amasijo de trapos que había sobre la desgarradura. Nuevamente preguntas y preocupaciones ocuparon mi pensamiento. ¿Quiénes eran mis secuestradores? ¿qué buscan? seguramente dinero. Aunque nadie había sido testigo de lo sucedido, a estas horas se sabría lo ocurrido. Maite habría bajado personalmente a buscarme. Sabía donde habíamos dejado el coche porque los tres habíamos acudido a la reunión que Nico tenía en Torre Europa. En el lugar del coche encontraría un rastro de sangre. Y... ¿después? tal vez llamase a Seguridad del edificio o a la policía. No, primero se lo diría a Nico.

Debí quedarme dormido. No sé cuanto tiempo. Me despertó la ineludible necesidad de orinar. Al moverme, un pinchazo agudo en la herida del costado lanzó un latigazo eléctrico que circuló a lo largo de la columna vertebral y se perdió antes de llegar a la nuca. Me incorporé totalmente y comprobé, al tacto, que el techo estaba a un palmo sobre mi cabeza. Con la mano izquierda y sin la debida preocupación deslicé la cremallera de la bragueta, que sin la protección de los calzoncillos, se enredó entre una maraña de pelos arrancándome un par de sonoros ayes seguidos de alguna interjección soez, cuya transcripción literal en nada mejoraría este relato. Una vez liberada la cremallera del atasco, con la impericia que tenemos los diestros cuando no podemos serlo, encontré el órgano en cuestión, otrora arrogante, escondido, retraído y sudado. A todas luces impropio de la riqueza nominal que ostentaba, pues más que falo, verga, pene, picha o polla, aquello era un amasijo pellejoso apenas útil para la más primaria de sus tareas que, no obstante, cumplió sobria y caudalosamente.

La herida del costado ya no sangraba y además sentía hambre. Incluso me invadió un cierto optimismo.

Por un momento me pareció que un levísimo movimiento de aire incrementaba sutilmente esa extraña mezcla de olor, pero no concedí al hecho ninguna importancia. Con el brazo extendido fui palpando la oscuridad y avanzando con pasitos cortos y cautelosos intentando averiguar la dimensión del cuarto. Enseguida toqué la pared. Con precaución palpé la superficie averiguando que estaba construida con tablas verticales de madera áspera y de unos quince centímetros de ancho. Giré ciento ochenta grados y deshice el camino hasta tropezar con el camastro que estaba adosado a la pared. No habría más de dos metros. Jamás había vivido una oscuridad tan impenetrable. Recorriendo el camastro di enseguida con otro muro de igual superficie que el anterior y desandando el camino encontré el límite restante. Estaba en un zulo de seis metros cuadrados aproximadamente.

El paso de los minutos fue familiarizándome con el espacio e instalando en mi imaginación el camastro pegado al centro de una de las paredes de mayor

longitud. Tiene que haber una puerta, me dije, y recorrí el perímetro palpando los tabiques con la mano buena. Al pasar por algún sitio se intensificó tenuemente el olor. Me detuve haciendo palpamiento en pared y techo en derredor. Nada. No había oquedad o grieta. El techo era liso y duro. Con la uña rasqué la superficie por ver, es un decir, de qué estaba hecho y me pareció que había de tener una capa de yeso. Intenté agacharme para auscultar el suelo pero el dolor del costado se hacía tan intenso y quemante que me hizo desistir.

Sentado nuevamente sobre el camastro, apoyé la espalda sobre la pared dejando la camisa arrebujada junto a mí. El calzoncillo había quedado adherido a la erosión de la cadera y preferí dejarlo allí en evitación de una nueva hemorragia. A pesar de tener desnudo el torso, no sentía frío. Eso significaba que aquel sótano no estaba muy profundo, pues de estarlo, siendo el suelo de tierra, y aun estando ya a primeros de junio, habría de notarse más fresco del que yo apreciaba.

Es difícil calcular cuanto tiempo transcurrió hasta que la pequeña bombilla que colgaba del techo en el centro del cuarto alumbró mortecinamente la estancia. Era una luz tenue y amarillenta que vino precedida de ruidos y voces apagadas procedentes de arriba. Sentado sobre el camastro, inquieto y expectante, observé como un rectángulo del techo se inclinaba hacia el suelo dejando al descubierto una escalera de madera. Instintivamente me acosté encogido sobre el camastro en el convencimiento de que me sería de mayor utilidad aparentar debilidad exagerando el mal de mi estado.

—Mira a ver si sigue vivo —reconocí aquella voz un poco aguda que pretendía firmeza en el aparcamiento.

Una mano se posó sobre mi hombro y me zarandó suavemente.

—¡Vamos despierta!

Me removí un poco fingiendo somnolencia y volví el rostro hacia aquellos ojos pequeños.

—¿Cómo te encuentras?

—Mal. Me duele todo el cuerpo. ¿Quiénes sois? ¿qué queréis de mí?.

—Cada cosa a su tiempo. Ahora vendrá un médico a reconocerte y después te

traeremos comida.

Se irguió rozando el techo con el pasamontañas y se perdió escaleras arriba. La luz quedó prendida y su amarillenta debilidad acentuaba el patetismo del habitáculo.

De nuevo la soledad se inundó de aquel olorcillo particular al que ahora se añadía los efluvios de mi reciente orín, cuyo vertido, según me fijé, había erosionado el suelo dibujando una mancha húmeda que se oscurecía exageradamente en el centro. Me levanté del camastro y arañé con el borde del zapato la mancha y enseguida me llegó una ligera corriente de aire transportando el particular olor con más intensidad. Me agaché hincando la rodilla derecha junto a la meada y manteniendo rígidamente oblicua la pierna izquierda en una grotesca e incómoda postura que mejor me permitiera soportar el dolor del balazo y hurgué descubriendo una diminuta oquedad bajo la tierra amarilla. El crujir del techo que anunciaba un nuevo descenso de la escalera practicable, me refugió otra vez en el camastro, tapando previamente el agujero y alisando la tierra cuidadosamente con la suela del zapato.

Por la escalera descendieron dos hombres. El del pasamontañas verde oscuro portaba una jofaina humeante y tras él un sujeto ancho de corta estatura ataviado con una peluca de melena larga y lacia de color azul y gafas de cristales grandes de espejo. En sus manos cargaba una caja de cartón blanco.

Me ordenó desvestirme y tumbarme de lado para dejarle franca la herida del costado. Despegó cuidadosamente la compresa hecha con los calzoncillos y examinó detenidamente la herida. Después posó una mano sobre mi frente durante unos instantes y me preguntó:

—¿Estas herido en alguna otra parte?

—Creo que tengo este dedo roto —le contesté mostrándole el meñique de la mano derecha.

El hombre lo toqueteó con destreza, doblándolo suavemente, ignorando mis quejas.

—Aquí no se ve bien —dijo— necesito más luz.

El otro sujeto depositó la jofaina sobre la tierra y desapareció por las

escaleras.

Un rostro macilento y deformado de barba corta y canosa me observaba desde los espejos de las gafas del presunto médico, devolviendo una imagen en la que a duras penas podía reconocerme.

Regresó el secuestrador del pasamontañas con una linterna vertical de asa y un escabel de madera. De la caja de cartón blanco obtuvo unos guantes de latex, que se enfundó, y una especie de tenacillas de extremos emparrillados.

El proyectil había entrado y salido limpiamente provocando en su trayectoria, en lugar de dos orificios, un desgarró por encima del hueso de la cadera sin interesar a ningún órgano de importancia. Me colocó el pedazo de carne colgante sobre su sitio natural, impregnando la grieta y alrededores con abundante yodoformo y cubrió todo con una compresa almohadillada de bordes adhesivos. Después enrolló en torno a mi cintura una venda larga hasta agotar su longitud y fijó el extremo con un pedazo de esparadrapo.

—Ya está —dijo —ahora veamos ese dedo.

Me incorporé hasta quedar sentado. Me miró un instante y me extendió una pequeña gasa.

—Tome y límpiese la sangre del labio.

Durante el trajín en la herida debí morderme.

El hombre alto permanecía de pie sosteniendo la linterna cuya trayectoria luminosa corregía el médico, de cuando en cuando. Después tomó de la caja de cartón uno de esos palitos planos que utilizan los médicos para deprimir la lengua cuando quieren ver la garganta a un paciente. Lo partió hábilmente por el centro e hizo un emparedado con los dedos anular y meñique de mi mano derecha.

—Sujételos un momento —me ordenó mientras se volvía buscando el esparadrapo —¿Sabe usted si es alérgico a los antibióticos?.

—Supongo que no lo soy.

—¿Le han inyectado alguna vez?

—Sí.

Fijó fuertemente las tablillas con el esparadrapo, preparó una jeringuilla y me

inyectó su contenido pinchando unos centímetros por debajo de la herida.

Sin mediar ni una sola palabra más, se desfundó los guantes de latex, los depositó en el interior de la caja blanca y cargando con ella abandonó la estancia. Le siguió el secuestrador alto llevándose la linterna y la jofaina.

—Tengo sed —musité sobre el silencio de su marcha.

—Ten paciencia —dijo sin detener su camino.

Como un lamento crujiente volvió a configurarse el techo engullendo la escalera sobre sí.

Apagaron la luz. Durante unos breves instantes el perímetro del cuarto quedó tenuemente impreso sobre la oscuridad y sus etéreas líneas se fueron desvaneciendo ante mis cansados ojos hasta que de nuevo la nada lo ocupó todo.

Algo evidente se manifestó sin duda; la ausencia de un sentido agudiza los otros. La obligada ceguera me trajo como sensación primera, el airecillo oloroso y con él, el recuerdo del agujero producido por la persistente caída de líquido sobre el mismo punto del suelo terroso. Dirigí mi ciega mirada hacia el lugar donde suponía la mancha húmeda y escrutando el vacío cercano, centímetro a centímetro, me pareció que un punto de luz como cabeza de alfiler se instalaba flotando en la prieta atmósfera del cuarto. Cerré los ojos tres segundos. Abrí los ojos. Allí estaba. Breve y cierto. Filtrando olor a azufre y vacas. Me acerqué tomándolo como guía y pude palpar su ausencia horadando su insignificante luz hasta multiplicarla.

La hura respiró como una bufarda trayendo al interior una tufarada miasmática y luminiscente que recibí como fragante esperanza de libertad. Tapé el hueco desplazando tierra sobre él y esperé.

Coincidiendo con un nuevo crujido del techo que anunciaba una inmediata visita, se encendió la mísera bombilla. Por la escalera aparecieron las zapatillas deportivas del hombre de la máscara de paño verde y tras ellas las piernas enfundadas en unos vaqueros negros y estrechos dando paso al resto de la estirada figura.

Trajo queso, pan casi tierno y una botella con agua fresca.

—Espero que te guste el queso —puso la bandeja de plástico sobre el

taburete.

No respondí. Me incorporé sobre el camastro.

—No me encuentro bien —mentí fingiendo decaimiento — debo tener fiebre y me duele mucho la herida.

Me miro fijamente y dijo:

—Tu no eres Nicolás Zestoa ¿verdad?

—No. El señor Zestoa es mi jefe.

—¡Mierda! —exclamó el sujeto, golpeando violentamente la pared con la palma de la mano. —Lo sabía. La hemos cagado bien —¿Quién coño eres tú, entonces?

—Su contable. Me mandó su secretaria al coche a recoger un documento cuando me atacaron.

Sabía que él era uno de los atacantes pero preferí mostrarme lo más idiota posible. Truncé un pedazo de pan con la mano de los dedos entablillados sujetando el mendrugo con la otra y comencé a comer. El queso estaba cortado en pedazos pequeños. Era tierno e insípido.

—¿Sois de la ETA? —pregunté sin mirarle.

—¡Somos gilipollas! —respondió mirando el techo y sentándose a mi lado — pero...¿Cómo hemos podido cometer un error así? —seguía lamentándose el larguirucho.

—¿Qué pasará ahora? —quise saber.

—No lo sé. Mañana vendrá alguien que tomará una decisión.

—¿Qué día es mañana?

Silencio.

—¿Qué hora es?

Silencio.

Bebí agua abundantemente y continué engullendo pan y queso aparentando desgana.

—¿Tienes un cigarro?

—Primero come – ordenó con su vocecilla.

—Ahora no tengo ganas. Más tarde quizás.

Estiró una pierna sin levantarse y sacó del bolsillo del pantalón una cajetilla de Galois. Me ofreció un cigarrillo y me enseñó la culata del arma que llevaba a la cintura cuando se buscó el mechero en el otro bolsillo del estrecho pantalón.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mientras acercaba la llama al cigarrillo.

—Cosme. Cosme Bermejo...¿y tú?

No pude evitar lanzar la pregunta sabedor de que mi interlocutor no la esperaba.

Fijó sus ojos en mí con interés.

—Tienes cojones ¿eh?

—¿Por qué? Que importa cuál sea tu nombre, sólo dame uno por el que pueda llamarte.

No me lo dio.

—¿Qué me va a pasar?

—Ya te he dicho que no lo sé. No es a ti a quien quieren.

—¿Quiénes?

Volvió a clavarme sus ojillos y en su mirada me pareció adivinar una mezcla de sorpresa y malestar. Prendió un cigarrillo para él y me preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—Cincuenta y seis.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él?

—¿Para Nicolás Zestoa? —Pensé la respuesta más conveniente. En realidad llevaba más de veinte años como guardaespaldas de mi primo Nico. Asqueado tras los chanchullos del fracasado golpe del 23F, decidí aceptar la oferta de Nico y colgar para siempre los galones, alejándome de tanta basura como había que tapar. Me pareció que era mejor desvincularme, así que le dije—: tres años.

—Y...¿Cuál es tu cometido?

—Ahora estoy llevando los asuntos de su divorcio. Necesita arreglar algunas cuentas para que su mujer no le exprima demasiado.

Iba improvisando sobre la marcha, atendiendo a lo que me parecía más conveniente.

Aplastó la colilla sobre la tierra con su zapatilla y se incorporó.

—Te dejo la comida. Dentro de unas horas te traerán algo caliente, entre tanto cómete el queso.

—¿No puedes quedarte un rato más?

—No. Tengo cosas que hacer.

—¿Y si necesito ir al retrete?

—Golpea el techo.

—Esta bien, pero no apaguéis la luz.

En cuanto se fue volví a descubrir el agujero del suelo clavando las uñas hasta hacerlas sangrar y separando la tierra con las manos. La base estaba compuesta por unas viejas vigas de madera sobre las cuales habían clavado tablas cubriendo la superficie con escombros de yeso y ladrillo machacado, oculto por una capa de tierra poco compactada. Pronto abrí un boquete tomando como primera herramienta un pedazo de loza punzante obtenido tras quebrar el plato del queso sobre el camastro.

Se lo había advertido a Nico un millón de veces. Con esta gente no se puede bromear, es mejor pagar, ya sabemos como actúan. “Para eso estás tú” respondía él insensatamente. “Esos maricones no me van a sacar ni un duro. Y tú ya sabes de sobra cómo actuar si se atreven conmigo”. Era cierto, tenía instrucciones detalladas de cómo actuar si atentaban contra él. Instrucciones que se había ocupado de difundir a los cuatro vientos a través de la prensa y en cualquier foro que le brindase oportunidad de hacerlo. Desafiaba a la banda amenazando con sembrar el luto entre familiares si algo le pasaba a él a algún miembro de su familia. “Tengo información y suficientes medios para que esta cuadrilla de sabandijas lo lamente durante el resto de sus podridas vidas, había manifestado en televisión, cuando recibió la última misiva reclamando *la contribución revolucionaria del pueblo*.

Yo hacía todo lo posible: revisaba los bajos del coche cada vez que lo utilizaba, me auxiliaba de otros colegas en tareas de vigilancia en sus casa y en su oficina , cambiaba las rutas a diario, mantenía sepulcral silencio acerca de recorridos y lugares... Pero estaba seguro que lo intentarían. Aquel desafío había

sido una monumental imprudencia... Pero así era Nico, osado, valiente y lenguaraz, y nadie iba a cambiarlo. “Estás obsesionado” me reprochaba, ante las rigurosas medidas de seguridad que le imponía.

Esta vez nuestro parecido y, por qué no decirlo, la incompetencia del comando, le habían librado, aunque... Ya veremos como acaba esta historia.

La necesidad de zurdear y la mala herramienta enlentecía el quehacer. A pesar de ello había llegado hasta una de las tablas de madera que, donde una vez tuvo un nudo, había ahora un hueco de tres centímetros que sin duda había dado paso al primer vientecillo oloroso que me había llevado hasta allí.

Bajo la borra que cubría el plástico del camastro me apañé para desmontar una varilla de hierro y haciendo palanca con ella sobre la ausencia del nudo, partí la tabla. Uno de los pedazos se inclinó deslizando la parte de escombros y tierra que había sobre él. Un fuerte olor a pólvora penetró por mis deficientes fosas nasales, envuelto en el aire fresco de la madrugada. A través de la hura pude ver el brillo de oro que un furtivo resplandor de la amanecida creaba sobre el lecho de paja que estaba bajo mis ojos.

Una hora después, aproximadamente, el butrón tenía diámetro suficiente para engullirme. Descansé unos minutos. Me puse la ensangrentada camisa que enseguida acomodó las arrugas a mi torso sudoroso y empecé a deslizar las piernas por el boquete. Eché un último vistazo al cuarto, sujeto el cuerpo con los codos sobre la tierra, me deseé suerte y alzando los brazos me dejé caer al vacío. Apenas tocar el suelo, flexioné las rodillas echándome a rodar como una pelota, según había aprendido en los ejercicios de paracaidismo cuando hacíamos maniobras en la base de Alcalá de Henares.

Permanecí un instante sentado en el suelo averiguando los posibles daños producidos por la caída. Todo bien. Estaba en un pajar. Sobre las paredes reposaban aperos de labranza, herramientas y utensilios ganaderos. Alcé la vista para que aquella boca abierta entre las viejas vigas de madera ennegrecida me mostrara, estática e indolente, la bombilla cuya mortecina luz alumbraba aquel sórdido escondrijo.

La luz solar se colaba por el portón iluminando la estancia y llenando de brillos las hebillas de las cinchas de las cabalgaduras que pendían de gruesas alcayatas clavadas en las paredes. Al incorporarme aprecié que no todo estaba tan bien como pensé tras la caída. El vendaje de la cintura se había teñido de rojo por el costado herido y el tobillo izquierdo no podía sujetar la parte del cuerpo que le tocaba, dejando a su hermano con todo el trabajo.

Descubriendo una lona abultada encontré el origen, al menos en parte, de los efluvios anteriores. Docenas de cajas de madera conteniendo, explosivos, detonadores y sabe dios cuantas cosas más, se apiñaban ordenadamente contra uno de los muros. Abandoné el lugar auxiliado por el palo desnudo de un escobón y con un propósito único: poner tierra de por medio.

Los presentes cruzaron sus miradas con mudos interrogantes, fuertemente impresionados por la historia que Cosme acababa de relatar.

—Haremos un descanso —ordenó el doctor Salazar. Y dirigiéndose al enfermo preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Muy bien. Estoy estupendamente. Creo que vaciar toda la historia me está sirviendo de gran alivio.

—Ahora vamos a salir todos para que pueda descansar y más tarde nos relatará el final, ¿de acuerdo?.

—Como usted quiera doctor, pero sepa que no estoy fatigado, ya le digo que me encuentro muy bien.

Santiago Salazar fue el último en abandonar la habitación de Cosme. Dio unas breves instrucciones a Rosa sobre la atención al enfermo y se unió al grupo de familiares y amigos que se encaminaban a la cafetería del hospital.

Maite y Nico iban delante, comentando lo escuchado. Detrás, en silencio, caminaba Rodrigo, hijo de Cosme, llevando amorosamente cogida del brazo a su anciana abuela, y cerrando el grupo, Isabel, la esposa, escuchaba atentamente lo que el médico la decía.

Cosme, solo en su habitación, se esforzaba en recordar los detalles que restaban a su aventura porque una niebla espesa difuminaba el recuerdo de las últimas horas. Veía con nitidez las cajas de explosivos bajo aquella lona. Todavía podía sentir en la memoria el lacerante dolor del tobillo herido y la creciente luminosidad del horizonte cuando atravesó el portón del pajar renqueando sobre el palo desnudo de un escobón.

Después, recordaba, caminé todo lo deprisa que pude para alejarme de aquel lugar, arrastrando el pie entre latidos de dolor y sujetando con la mano la hemorragia del costado. Enseguida llegué a una vaguada verde por cuyo lecho transitaba un pequeño río de agua limpia y fría. Me detuve un momento sobre el tronco vencido de una vieja encina para paliar el jadeo de la marcha.

Me incliné sobre el río tomando en la vasija de mis manos un poco de agua

que acerqué a la boca. Sentí placentero su bajar por el esófago y con fuerzas renovadas emprendí la marcha sin saber adónde iba.

El paisaje perdió color y el camino se hizo más penoso. El sol estaba ya muy alto y me sentía muy fatigado. Al abrigo de un zarzal me dejé caer para descansar un rato. Durante todo el recorrido no había visto casa, ni huerto, ni asomo de vida, salvo la compañía esporádica de algunos insectos y la fugaz silueta de algún ave navegando veloz sobre mi cabeza. El horizonte era ancho, plano y descorazonador. Sobre un lecho de acederas y hierba ocre cerré los ojos preguntándome donde estaría.

A partir de ahí, la niebla se instalaba borrando recuerdos que sólo dejaba asomar intermitentemente. Me viene a la memoria una mancha de sangre sobre la tierra, la fugaz visión de un monte de jaras, el cacarear de unas gallinas cercanas. Todo entre brumas. Sin orden. Como en una pesadilla lejana y ajena.

Rosa, la alegre y amable enfermera, interrumpió los intentos recordatorios del convaleciente.

—Don Cosme Bermejo Zestoa —anunció cantarina mientras empujaba el carro-bandeja de la comida — aquí le traigo los mejores manjares de palacio.

—Veamos —dijo Cosme incorporándose un poco—, tengo más hambre que el perro de un titiritero.

—Al rico puré de patatas... Y de segundo...—destapó con solemnidad el plato que viajaba junto al tazón de puré y haciendo sonar unos inexistentes platillos anunció —¡tatachan! merluza hervida con salsa vegetal, especialidad de nuestro chef.

La insípida brevedad de la comida fue rematada con una hermosa manzana que Rosa mondó y troceó amorosamente para Cosme.

Cuando el ex militar tomó la cuchara para despacharse el caldoso puré, notó que su dedo meñique no le dolía. Lo movió ante sus ojos con curiosidad y sorpresa. Después movió su maltrecho tobillo bajo la sábana y su sorpresa aumentó al comprobar que no había dolor y podía moverlo con facilidad. Rozando con el otro pie supo que no lo tenía vendado y tras unos instantes de

duda preguntó a Rosa:

—¿Cuánto tiempo llevo en este hospital?

La enfermera, visiblemente nerviosa y titubeante, acertó a decir:

—Yo no lo sé, señor. Es mejor que ahora coma y descanse un poco, el doctor Salazar se lo explicará todo más tarde.

Rosa abandonó la habitación antes de que Cosme pudiera seguir preguntando.

Explicarme ¿qué? Se preguntó inquieto en voz alta. Se palpó la cadera sobre el pijama. Tampoco el disparo le dolía ya. En el lugar donde el rechoncho médico de melena azul había colocado el pedazo de carne colgante, había ahora una cicatriz cuyo tamaño en nada correspondía al de su aparatoso desgarró. Pensó: ¡Dios! ¿Cuánto tiempo llevo aquí?.

Paseó la yema de sus dedos con estupor sobre el también desaparecido corte de su ceja y creyó que soñaba.

Pulsó el timbre de llamada con insistente reiteración y al poco entró Rosa acompañada de otra enfermera de más edad y rango.

—Necesito urgentemente información.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

—¿Qué desea saber?

—Cuánto tiempo llevo en este hospital.

Silencio.

—¡Maldita sea! —explotó el enfermo—¿Quiere usted decirme de una vez cuánto tiempo llevo aquí.

La enfermera de rango ordenó a Rosa, sin apartar la vista de la cama.

—Ve a buscar al doctor Salazar.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —la espetó Cosme, entre sorprendido y colérico.

—No estoy autorizada a decir nada. Dentro de un momento el doctor Salazar satisfará todas las preguntas que tenga, ahora es mejor que se tranquilice.

—De acuerdo —convino Cosme, tratando de calmarse —De acuerdo, esperaré que venga el médico.

—Haría bien en comer antes de que se le enfríe.

—Está bien, comeré y esperaré al doctor Salazar.

La enfermera se retiró cerrando suavemente la puerta.

Cosme quedó sumido en la inmensidad de sus dudas y ansioso por conocer aquel misterio. Cabía suponer que había sido recogido en algún lugar al que habría llegado exhausto y trasladado al hospital, pero...¿cuándo?.

Debo haber dormido varios días, pensó. Pero que digo días, han debido ser semanas, a juzgar por la reparación de los daños.

Tras un ligero golpeo de nudillos al otro lado de la puerta, esta cedió paso al esperado Salazar, quien se acompañaba de un colega de menor estatura y algunos años más.

El doctor Salazar acercó una silla a la cama y se sentó retirando el carrito de la comida. El médico más veterano permaneció en pie.

—¿Qué le sucede amigo mío? —entonó cordialmente el médico.

—Doctor, estoy hecho un lío. Acabo de descubrir que debo llevar aquí mucho tiempo. Yo no sabía... Esta mañana cuando me desperté y llamé a la enfermera, creí que me habían ingresado anoche y ahora descubro...

—Tranquilo Cosme. Ahora está usted entre nosotros. Debe saber que ha estado muy grave pero afortunadamente ya pasó. Ahora sólo necesita descanso. Mi colega, el doctor Alonso —volvió la vista un instante hacia el médico que permanecía de pie— es el psiquiatra de este hospital y él le ayudará a reponerse completamente.

Cosme posó la mirada en el rostro bonachón del médico psiquiatra y la volvió despacio hasta enfrentarla con la de Salazar.

—¿Para qué necesito yo un psiquiatra?

—Si no lo necesita, mejor —aseveró Salazar —pero su presencia, créame, le será muy útil.

Cosme se encogió de hombros.

—Doctor —preguntó—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?.

Contestó el doctor Alonso.

—Pronto hará cuatro meses.

—¿Cómo?

—Ha estado usted cuatro meses y doce días en coma.

Cosme no daba crédito a lo que estaba oyendo. ¡Cuatro meses! Sin embargo eso explicaba todo lo demás.

—Por eso tengo todas las heridas curadas.—pensó en voz alta.

—Así es —dijo el médico—, mientras dormía se ha recuperado de la operación en la que se le extrajo la bala.

—¿Dice usted que me han sacado una bala?

—Desde luego. Calibre nueve milímetros.

—Pero la bala no había quedado dentro. Salió provocándome un desgarro que quemaba como una hoguera.

—La bala le perforó el hígado y quedó alojada a dos centímetros de la columna. Durante el traslado al hospital estuvo en riesgo de quedar parapléjico. Afortunadamente el médico de la ambulancia le inmovilizó con un colchón de aire y el proyectil apenas si se movió del sitio.

—Doctor Salazar, creo que hay un error, se debe estar confundiendo de paciente. Yo no he tenido ninguna bala alojada. El disparo entró y salió provocando, como le he dicho antes, un aparatoso desgarro, pero nada de hígados ni columnas. Créame. De ser como usted dice no podría haber saltado al pajar ni caminado todo el día por el monte hasta que me encontraron.

—Querido amigo —el tono era de gran cordialidad y comprensión, —por eso está aquí el doctor Alonso. Usted no se ha movido del lugar en el que le dispararon. Apenas media hora después de que usted fuese en busca de los documentos para don Nicolás, su secretaria, intranquila por la tardanza, bajó a buscarle y le encontró tirado sobre un charco de sangre en el aparcamiento, junto al automóvil.

Cosme quedó mudo, inmóvil, pálido e incrédulo. La mirada ausente y el gesto descompuesto y, durante unos instantes, notó que le faltaba el aire.